

LA ASUNCIÓN DEL PASADO INDÍGENA POR LOS CRIOLLOS NOVOHISPANOS

Roberto Heredia Correa

Juan José de Eguiara y Eguren

Cuando se lee o se escucha el nombre de Juan José de Eguiara y Eguren, se piensa de inmediato en la *Bibliotheca Mexicana* y en la ingente tarea que significa la elaboración de tamaño diccionario biobibliográfico, a partir prácticamente de cero. Hay que añadir que, además de la magnitud, esta obra tiene otras cualidades y otros valores, y que Eguiara es acreedor a nuestra admiración y reconocimiento también por otros trabajos que realizó en el campo académico, en el ámbito eclesiástico y aun en la vida social.¹ En estas líneas quiero referirme sólo a los Anteloquios o Prólogos que puso

¹ El trabajo biográfico más completo es el contenido en la introducción de la siguiente obra: Juan José de Eguiara y Eguren, *Bibliotheca Mexicana*. Prólogo y versión española de Benjamín Fernández Valenzuela. Estudio preliminar, notas, apéndice, índices y coordinación general de Ernesto de la Torre Villar, con la colaboración de Ramiro Navarro de Anda. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1986, 5 Vols. "Estudio preliminar" en Vol. I, p. IliCCCLVII.



Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional
Autónoma de México. Correo electrónico: rhc@hotmail.com

TZINTZUN, Revista de Estudios Históricos, N° 35, enero-junio del 2002.



Juan José de Eguiara y Eguren

Eguiara y Eguren al frente del primer volumen de la *Bibliotheca Mexicana*.

Es bien conocido el incidente que dio origen a la primera bibliografía mexicana: sólo mencionaré aquí los datos principales.²

En 1735 se publicaba en Madrid, por obra de don Gregorio Mayáns, el epistolario latino del humanista español Manuel Martí, deán de la catedral de Alicante.³ En una de las cartas, dirigida al joven estudiante Antonio Carrillo, quien pretendía pasar a las Indias, el deán alicantino expresaba algunos juicios negativos acerca del ambiente cultural de América, particularmente de la Nueva España, con el propósito de disuadirlo. Los párrafos más significativos dicen lo siguiente:

Pero vamos a cuentas. ¿A dónde volverás los ojos en medio de tan horrenda soledad, como la que en punto a letras reina entre los indios? ¿Encontrarás, por ventura, no diré maestros que te instruyan, pero ni siquiera estudiantes? ¿Te será dado tratar con alguien, no ya que sepa alguna cosa, sino que se muestre deseoso de saberla, o -para expresarme con mayor claridad- que no mire con aversión el cultivo de las letras? ¿Qué libros consultarás? ¿Qué bibliotecas tendrás posibilidad de frecuentar? Buscar allá cosas tales, tanto valdría como querer trasquilar un asno u ordeñar un macho cabrío. ¡Ea, por Dios! Déjate de esas simplezas y encamina tus pasos hacia donde te sea factible cultivar tu espíritu, labrarte un honesto medio de vida y alcanzar nuevos galardones. Mas por acaso objetarás: ¿Dónde hallar todo eso? En Roma, te respondo... Por más que el conseguir cuanto he dicho te será hacedero, según es de condición apacible tu ingenio, grandes las prendas que te adornan y singular la

² Una exposición amplia del incidente se encuentra en el siguiente trabajo: Roberto Heredia Correa, *Loa de la Universidad*. El prólogo a las "Selectae Dissertationes Mexicanae" de Juan José de Eguiara y Eguren. Estudio introductorio, traducción y notas. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Clásicos, 1991, CV + 42 + 42 pp. (*Bibliotheca Humanistica Mexicana*, 6).

³ Emmanuelis Martini, *Ecclesiae Alonensis Decani Epistolarum libri XII*. *Accedit de Animo affectionibus liber*. Mantuae Carpentanorum, apud Joannem Stunicam, 1735, 3 Vols. Una segunda edición fue publicada con este pie de imprenta: Amstelodami, J. Wetstenium & G. Smith, 1738, 2 Vols.

benevolencia y afición con que nos tratas, nunca pierdas de vista que no vas allá a pasear sus calles, ni a llevar una vida ociosa, ni a perder el tiempo en visiteos y otras ocupaciones propias de pretendientes. Para tales fines, ¿que más da Roma que México?⁴

El conocimiento de esta carta levantó ámpula en el medio intelectual novohispano; hay abundantes testimonios de las respuestas que provocó.⁵ Eguiara, uno de sus miembros más atentos a las novedades bibliográficas que llegaban de Europa, debió contarse entre los primeros mexicanos que conocieron el epistolario de Martí, sintieron la afrenta y ardieron en el deseo de dar una respuesta satisfactoria. Así explica su reacción y sus propósitos:

Mientras estos pensamientos bullían en nuestra mente y dábamos remate a la carta de Martí, ocurriósenos la idea de consagrar nuestro esfuerzo a la composición de una *Bibliotheca Mexicana*, en que nos fuese dado vindicar de injuria tan tremenda y atroz a nuestra patria y a nuestro pueblo, y demostrar que la infamante nota con que se ha pretendido marcarnos es, para decirlo en términos comedidos y prudentes, hija tan sólo de la ignorancia más supina. De sobra se nos alcanzaba que la proyectada *Bibliotheca* era obra de mucho esfuerzo, sobre todo para quienes, como nosotros, nos hallábamos retenidos por las múltiples ocupaciones indicadas...

Mas habiendo comunicado nuestro proyecto con amigos sobresalientes a la par por su inteligencia e ilustración, fue decidido que debíamos lanzarnos a la empresa, consagrarle todos nuestros esfuerzos y, puesta en Dios la confianza, dar cima a la obra meditada y publicarla, con el fin de aniquilar, detener, aplastar y convertir en aire y humo la calumnia levantada a nuestra nación por el deán alicantino.⁶

⁴ El texto completo de la carta, con su traducción, puede verse en: Roberto Heredia Correa, *Op. Cit.*, pp. LIII-LVIII.

⁵ Véase: Roberto Heredia Correa, *Op. Cit.*, pp. XVIII-XLV; Olga Valdés García, *Julián Gutiérrez Dávila, en defensa de la cultura novohispana*. Tesis que para obtener el título de licenciado en Letras Clásicas presenta..., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1990, pp. XX-XXVIII.

⁶ Juan José Eguiara y Eguren, *Prólogos a la Biblioteca Mexicana*. Nota preliminar por Federico Gómez de Orozco. Versión española anotada, con un estudio biográfico y la bibliografía del autor por Agustín Millares Carlo, México, Fondo de Cultura Económica, 1944, 302 pp. "Prólogo

Decidido, pues, a volver por el honor de la patria, Eguiara se echó a cuestras la tarea y trabajó muchos años en esta obra. Para llevar a cabo su propósito solicitó la colaboración de amigos, compañeros, discípulos y hombres doctos de todo el país, así como de Centroamérica, Cuba, Santo Domingo y Venezuela. Y, para poder imprimir tamaña obra con dignidad y rapidez, compró en Europa una imprenta, equipada con hermosos tipos latinos, griegos y hebreos, y, en sociedad con uno de sus hermanos, estableció un taller, que se llamó “de la *Bibliotheca Mexicana*”, del cual salieron numerosos y bellos libros.

El primer volumen de la obra, comprensivo de los autores cuyo nombre comienza con las letras A, B y C, salió de las prensas en 1755; y fue el único que se imprimió. Manuscritos en cuatro volúmenes y arreglados para publicarse, quedaron los materiales correspondientes a las letras D-J. Estos volúmenes, por uno de esos incomprensibles azares de nuestras bibliotecas y archivos, se custodian actualmente en la biblioteca de la Universidad de Texas, en Austin. Es indudable que el resto de la obra -letras J-Z- quedó reunido en alguna forma; de hecho esos apuntes fueron aprovechados por estudiosos posteriores, como Beristáin de Souza; pero, al parecer, desaparecieron muy pronto.

Al frente del primer volumen Eguiara puso dos textos, escritos también en latín, que, aunque relacionados estrechamente con el propósito y la materia de la *Bibliotheca*, tienen entidad de obras independientes: el “Diálogo de abril”, imaginado y escrito por el jesuita español Vicente López, en el cual tres personajes, un español, un italiano y un belga conversan acerca de la *Bibliotheca* del Dr. Eguiara y del talento de los mexicanos, y los “Anteloquios” o “Prólogos”, compuestos por el mismo Eguiara y repartidos en veinte capítulos, que constituyen una refutación sistemática de las imprudentes afirmaciones de Martí, y una exposición sintética y razonada de aspectos fundamentales de la cultura mexicana desde los tiempos prehispánicos hasta los días mismos del autor. He aquí el contenido de estos “Prólogos”:

I”, pp. 57-59. Todas las citas de los “Prólogos” están tomadas de este libro. En adelante sólo se mencionará el “Prólogo” al que corresponden.

I Con objeto de divulgar la causa determinante de este escrito, tráese a colación la carta 16 del libro 7, incluida por el deán de Alicante don Manuel Martí en el tomo 2 de sus epístolas. II Pruébese cuán grande es la ignorancia del deán alicantino en punto a antigüedades mexicanas, y demuéstrase la ilustración de nuestros indios, trayendo a la palestra sus códices y bibliotecas. III ¿Puede llamarse propiamente jeroglífica la escritura de los mexicanos? IV En el que se ponen de manifiesto algunos insignes monumentos que no sólo ilustran y corroboran cuanto precede, sino que hacen más patente la cultura de los antiguos mexicanos. V Testimonios de escritores muy autorizados traen a plena luz los colegios y centros de enseñanza de los indios mexicanos. VI En el que se trata de la afición de los mexicanos por la poesía y la oratoria, se manifiesta su pericia en la medicina, y se habla de las leyes que usaban, con otras pruebas de su inteligencia, expuestas brevemente. VII Que de todo lo anteriormente expuesto se deduce, como lógica consecuencia, que los mexicanos deben ser con razón contados entre los pueblos cultos, y que fue injusto el deán de Alicante al censurarlos en su epístola y zaherirlos con su pluma. VIII En que se pone de manifiesto la ignorancia de don Manuel Martí acerca de la cultura mexicana, en el tiempo comprendido desde que América comenzó a ser señoreada por los españoles hasta nuestros días, y se refuta la ligereza con que escribe. IX En que se demuestra haber escapado al conocimiento de don Manuel Martí numerosos testimonios, sabidísimos así de los doctos como de los ignorantes. X En que se manifiestan las bibliotecas mexicanas y se invita al deán alicantino a que, viniendo a ellas, se le reciba y trate con la mayor cortesía. XI Del ingenio de los americanos y de su amor y afición a las letras. XII En que se examina con cuidado la precocidad de los ingenios americanos y se corrobora la opinión expresada acerca de este asunto por el eruditísimo y muy autorizado crítico fray Benito Feijóo. XIII En que se prueba ser pura ficción la rapidez con que los americanos decaen del uso de sus facultades, y se relega tal creencia a la región de las fábulas. XIV En que se enumeran algunos escritores que figurarán en las páginas de la presente obra, que, a pesar de su avanzada edad, sobresalieron por el vigor de su inteligencia. XV En que se investiga y

declara la opinión del P. Pedro Murillo Velarde tocante a la literatura de los americanos. **XVI** En que se hace memoria de algunos eruditos mexicanos muy sobresalientes y conocidos, así en los tiempos pasados como en los actuales. **XVII** En que se hace hincapié en el mismo asunto y se le da remate. **XVIII** En que se trata rápidamente de las materias cultivadas por los mexicanos en sus escritos y se hace de ellas brevísimo índice. **XIX** Qué juicio haya de formarse acerca de la cultura de los indios desde que empezaron a ser cultivados por las letras hispanas. **XX** En que se da razón del título *Bibliotheca Mexicana* y se lo defiende de posibles objeciones.

Después de explicar el origen del proyecto en el Prólogo I, Eguiara dedica los Prólogos II-VII a exponer algunos rasgos sobresalientes de la cultura de los antiguos mexicanos: monumentos, códices y bibliotecas, colegios, literatura, ciencias, leyes, artes. La exalta con el testimonio de los primeros cronistas y el apoyo de estudiosos posteriores, cuyo peso e imparcialidad se cuida de señalar.

Cabe preguntarse por qué Eguiara inicia su defensa de la cultura mexicana con esta larga apología de la cultura de los antiguos indígenas. Él sabe muy bien que Martí, al escribir su carta, pensó en los mexicanos de su tiempo -por nacimiento o por larga residencia-, y así lo expresa claramente en el Prólogo VIII:

Como quiera que éste no pensó al escribirla en los antiguos indios, sino en los nuevos indígenas y, entre éstos, en los españoles nacidos en América y en los que, oriundos de otras partes, se han venido a vivir a ella, considerándolos en conjunto como muy extraños a la mansión y al recinto de Minerva, tócanos ahora descubrir y refutar su ignorancia en este asunto y la temeridad de sus afirmaciones.

Martí menciona a los indios, pero de ningún modo se refiere a los antiguos indígenas ni hace apreciación alguna de su cultura. En la parte del Prólogo I que hemos citado arriba, al exponer el propósito más importante de su empresa, Eguiara afirma que ha decidido “vindicar de injuria tan tremenda y atroz a nuestra patria y a nuestro pueblo (*unam patriam gentemque nostram ab immani atrocique injuria*

vindicaremus). La patria es México, el antiguo y el actual; y el pueblo mexicano comprende a indios y criollos. Muy comúnmente, cuando menciona a los antiguos indígenas, se refiere a ellos como “antiguos mexicanos” o “primitivos mexicanos” o, simplemente, como “mexicanos”; menos frecuentemente los llama “indios mexicanos”. Sus monumentos, pinturas y códices son “antigüedades mexicanas” (*Mexicanarum antiquitatum*, Pról. II); y también sus historias, cantares y discursos (*Mexicanensium priscas res*, Pról. II). Llama a su literatura “literatura de los mexicanos” (*litteratura Mexicanensium*, Pról. III); a sus pinturas, “figuras de los mexicanos” (*Mexicanensium symbola*, Pról. III); a sus libros “libros de los mexicanos” (*iis Mexicanensium libris*, Pról. III). Varias veces se refiere de manera general a su cultura: ya la llama “cultura de los antiguos o primitivos mexicanos” (*antiquorum eruditionis Mexicanensium*, Pról. III; *priscorum eruditio Mexicanensium*, Pról. IV); ya, con término más afectivo, y al mismo tiempo más polisémico, “la cultura de nuestros primitivos indios o de los primitivos indios de nuestra tierra” (*Priscorum eruditio Indorum nostratum*, Pról. II).

En el Prólogo XX Eguiara siente necesidad de aclarar el sentido del término “mexicano”, y hace la explicación siguiente:

Entiéndase que los que llamamos de nación mexicanos (*Mexicanos natione*), son los españoles nacidos en América, a menos que expresamente digamos haber sido hijos de padres indios, por lo que el lector no deberá extrañarse de ver calificados de mexicanos en nuestra obra a algunos escritores que otras bibliotecas registran como hispanos. Ambos criterios son igualmente exactos: son españoles, en efecto, si se atiende a su raza y sangre (*si genus spectes et sanguinem*), pues lo fueron sus padres, y mexicanos, por haber nacido en suelo de México o de la América Mexicana.

Esta aclaración no se refiere al uso que ha hecho de este término en los “Prólogos”, sino a la indicación que pondrá en el cuerpo de la *Bibliotheca* acerca de los autores en cada una de las entradas del catálogo; y obedece al propósito de distinguir entre criollos y peninsulares, no al de establecer separación entre indios y criollos. Ya

antes, en el Prólogo II, había establecido una distinción entre criollos e indios; ese señalamiento parece oportuno y necesario, y carece de toda intención de segregarse de éstos con menosprecio por parte de Eguiara. Dice así el párrafo:

Consagrado por entero don Manuel Martí a la exhumación de los vetustos monumentos del Viejo Mundo y de las antigüedades e inscripciones romanas, parece haber mirado con desdén las del Nuevo Orbe, e ignorado en absoluto las antigüedades que por acá existen, muy dignas de ser conocidas. Si de ellas hubiese tenido algunas vez noticia, habría escrito con pluma y tinta más templadas, no ya acerca de los españoles que en la América mexicana han nacido o viven, sino también de los mismos indios.

El título del Prólogo VIII deja traslucir el pensamiento de Eguiara acerca de la extensión que confiere a la palabra "mexicano". Dice así:

Prólogo VIII. En que se pone de manifiesto la ignorancia de don Manuel Martí acerca de la cultura mexicana (*ignorantia de Mexicana eruditione*) desde el tiempo en que América empezó a ser cultivada por los españoles (*ab eo tempore quo excoli ab Hispanis America coepit*) hasta nuestros días (*ad usque aetatem nostram*).

La cultura mexicana, dividida claramente en dos períodos, no se reduce a aquella cristiana y española impuesta por conquistadores, misioneros y colonos; la cultura mexicana es toda una: comprende la que floreció entre los pueblos indígenas antes de la llegada de Hernán Cortés, y la que a partir de la conquista se ha extendido por toda la Nueva España y ha ido incorporando a todos los habitantes. Porque, además, la cultura europea no fue simplemente trasplantada a un terreno desierto y entre pueblos bárbaros, sino injertada en un tronco robusto de larga y rica tradición.

Es indudable que remediar la solución de continuidad que implica la conquista, exige de Eguiara un esfuerzo extraordinario. Lo intenta de dos diferentes maneras: en primer lugar, destaca en el Prólogo II la labor combinada de algunos misioneros y algunos indios, dirigida a salvar de la destrucción códices, tradiciones y monumentos.

En segundo lugar, dedica el Prólogo XIX a describir la cultura de los indios a partir de que “empezaron a ser cultivados por las letras españolas”.

En el Prólogo II, después de describir la forma de “escritura” y los diversos tipos de “libros” que tenían los antiguos mexicanos, explica:

Innumerables eran los volúmenes de esta clase. El hecho de que en los mismos aparecieran animales, aves, hierbas, flores, hombres y otros muchos objetos, de formas por lo común espantosas y aspecto feroz, entremezclados con círculos muy semejantes a las letras hebreas y otros caracteres exóticos, fue causa de que los varones apostólicos, predicadores de la fe católica y primeros fundadores de la iglesia mexicana, desconociendo el significado de lo que debajo de tales velos se ocultaba, vinieran a considerarlos como frutos de las hechicerías indígenas y trasuntos de sus cultos idolátricos e imágenes demoníacas; por lo cual, buscándolos afanosamente por doquiera, los entregaron al fuego, acarreando lamentable pérdida a la historia y antigüedades mexicanas. Pérdida que hubiera sido irreparable, de no haber existido algunos indios adictos a nuestras creencias y conocedores de sus propios escritos, que, conservándolos en secreto, los sacaron a la luz no mucho después, y los explicaron a algunos religiosos...

Gracias a esta conjunción de indios conocedores de su pasado y sus antigüedades y de misioneros interesados en su estudio, y merced a otras circunstancias, continúa Eguiara:

Nacieron los doce grandes volúmenes en folio, elaborados por el franciscano fray Bernardino de Sahagún, que constituyen un copiosísimo diccionario mexicano-español..., la *Monarquía Indiana* del P. Torquemada y otros muchos eruditísimos libros de los que habrá de tratarse en los artículos correspondientes de esta *Biblioteca*.

Y más adelante, al referirse a las abundantes librerías que tuvieron los antiguos mexicanos, señala:

Prueba de su existencia son las que habían sobrevivido por largo tiempo después de la conquista de México, salvadas de las llamas por la diligencia

de algunos ilustrados señores indios, que juntaron historias y calendarios en sus mansiones de México, Texcoco y Tula. Y se las mostraron y explicaron... a uno de la Compañía de Jesús, que, si nuestra suposición no es equivocada, fue el padre Juan de Tovar, persona competentísima en tales asuntos.

En el primer párrafo del Prólogo XIX Eguiara expone algunos rasgos del proceso de incorporación de los indios a la religión cristiana y a la cultura europea, y de la inicial combinación que hicieron de éstas con sus propias tradiciones:

Ganados por nuestra religión a raíz de la conquista de México, y no acostumbrados aún a las letras hispanas, usaban diestramente de sus caracteres ancestrales, lo mismo para conservar la memoria de lo acaecido en tiempos de su gentilidad, que lo concerniente a sus nuevas creencias y al gobierno cristiano.

Transcribe después un fragmento de la famosa carta, dirigida por fray Julián Garcés al papa Paulo III, en la cual el fraile dominico recomienda las virtudes y cualidades de los indios. A este mismo propósito cita otros testimonios favorables, como los de fray Diego Valadés y el padre José de Acosta; y, a partir de la afirmación de don Juan Díaz de Arce, célebre catedrático de Teología y Sagrada Escritura, quien señala que "eran muchos los colegios en los cuales quinientos o seiscientos discípulos se formaban en la religión cristiana, en variedad de artes mecánicas y liberales, en la música, en latinidad y ciencias", se refiere al Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco y a la interacción que en él se dio entre ambas culturas:

Entre dichos colegios sobresalió el llamado Imperial de Santa Cruz, establecido en el barrio mexicano de Santiago Tlatelolco bajo los auspicios del César Carlos V, por obra y diligente cuidado de los padres franciscanos, para instrucción literaria de los indios, que de todas partes afluían a sus cátedras, desempeñadas por los maestros más eximios en ciencia y virtud de la mencionada orden. Y buena prueba de que tales maestros no perdieron tiempo y esfuerzo en enseñar los rudimentos primeros de las letras, la gramática, la retórica, la dialéctica, la física y otras disciplinas

queda patente cuando, en el Prólogo VI, Eguiara se refiere a los cantos épicos que los monarcas, sacerdotes y sabios componían, para guardar memoria de los hechos pasados y transmitirlos a la posteridad. Con estos procedimientos, dice,

Conservaron intacta la historia entera de América, de una parte, representándola por medio de pinturas en sus códices, y de otra, celebrándola en sus cánticos, hasta la llegada de los españoles, quienes, instruidos por el diario trato con los indios y por la palabra viva de los doctos, acabaron por escribir numerosos libros e historias completísimas a la manera europea.

En algunos momentos él mismo no se muestra seguro de sus afirmaciones; así, por ejemplo, cuando se refiere a la existencia de sacerdotes indígenas que desempeñan tareas parroquiales o que han destacado en los estudios teológicos, en vez de citar ejemplos conocidos o de acudir a testimonios cercanos, apoya sus afirmaciones en el dicho del jesuita José Gumilla, provincial de la Nueva Granada, quien señala en su obra *El Orinoco ilustrado y defendido* (Madrid, 1745) que

Los indios mexicanos sobresalen mucho por su ingenio, y aventajan a los demás de la América meridional, quienes no acostumbran llevar a sus hijos a las academias o universidades para ser instruidos en las ciencias, como es frecuente entre los nuestros.

Podemos no estar de acuerdo con Eguiara en algunas de sus aseveraciones. Pero esto no importa para mi intento; pues el afán de callar o disminuir lo que significó violencia, no hace más que acentuar la idea que Eguiara quiere transmitir: que la conquista y la evangelización fueron un proceso suave y casi natural. Esto lo lleva, si no a un pronunciamiento explícito, a ciertas expresiones que traslucen su juicio. Los libros, las bibliotecas, los monumentos, las escuelas, tanto prehispánicos como novohispanos, son “nuestras cosas”. Echa en cara a Martí su “ignorancia de nuestras cosas” (*ignorantiam de rebus nostris*). Los productos culturales de los antiguos

indígenas son “monumentos de nuestra tierra, de nuestros mayores, de nuestro pueblo”.

“Si alguna vez hubiese examinado atentamente (Martí) los monumentos de nuestros mayores..., de seguro que no hubiese graduado de ignorantes a los indios mexicanos” (*si enim vetera aliquando monumenta nostratum scrutatus esset... ineruditos neutiquam Indos Mexicanos cognominasset*) (Pról.II).

La historia de México es una; y esta historia y los estudios que de ella tratan se complementan. Eguiara se lamenta de que un hombre tan versado en la interpretación de los jeroglíficos, tan sagaz, como Atanasio Kircher, “erudito hasta el asombro”, no hubiera atinado en la interpretación de las pinturas de los antiguos mexicanos, “desconocedor como era de nuestras historias” (*nostris destitutus historiis*) (Pról. III). En fin, la capital de los antiguos mexicanos y sus antiguos reyes o emperadores son “nuestra imperial ciudad de México y sus emperadores” (*de imperiali urbe nostra Mexico ac ejusdem imperatoribus*) (Pról. II).

El cuadro, ciertamente halagüeño, de la cultura de los antiguos mexicanos que delinea Eguiara, está visto con ojos benévolo y bajo esquemas occidentales. Es seguramente un buen resumen de lo que en su tiempo se conocía; y, en cuanto a los puntos específicos de que aquí trata, muestra un buen conocimiento de las fuentes y de los estudiosos más importantes: los códices, las bibliotecas, la “escritura”, los colegios y academias, el cultivo de la literatura en sus diferentes manifestaciones, la medicina, las leyes, las artes mecánicas, el conocimiento de la naturaleza, la ciencia de lo divino.

La cultura egipcia era en ese tiempo el parámetro de las culturas no grecorromanas y precristianas, tanto por la enseñanza de la Biblia y el testimonio de los escritores griegos, como por el magisterio de algunos autores de los siglos XVI y XVII que así la proponían. Eguiara toma pie en una frase de los *Hechos de los apóstoles* para establecer una somera comparación entre la cultura de los antiguos mexicanos y la sabiduría de los egipcios. Dice, citando al comentarista bíblico Cornelio A. Lápide, que la sabiduría de los egipcios era doble: una, manifiesta y al alcance de todos, estaba constituida por la geometría,

la aritmética, la astrología y la música; la segunda, que era jeroglífica, enseñaba mediante símbolos los más importantes misterios de la física, la teología y la ciencia del gobierno. Y comenta a continuación:

Nadie que dé crédito a los testimonios autorizadísimos de que nos hemos valido en nuestra argumentación, dudará de que los indios mexicanos descollaron en ese primer aspecto de la sabiduría, ya que tales testimonios hablan no sólo de su conocimiento y pericia en las mencionadas facultades, sino además en la oratoria y la retórica (Pról. VII).

Y en relación con el segundo aspecto de la sabiduría egipcia, expresa:

¿Cómo osaremos afirmar que los indios fueron ajenos a las lucubraciones y conocimiento de la física, recordando lo que hemos escrito en el Prólogo anterior? Escrútense los monumentos que, escritos en jeroglíficos, nos han legado, y se hallarán numerosos volúmenes a los que conviene el calificativo de teológicos, con el mismo derecho con que se llama así a los que conservamos referentes a las supersticiones egipcias... Tampoco faltan jeroglíficos mexicanos tocantes al gobierno, pues abundan en sus anales, que arrancan desde los tiempos mismos de la fundación de su imperio y llegan hasta los días de Moctezuma (Pról.VII).

De las opiniones que expresa Kircher sobre la religión de los antiguos mexicanos, y de la afinidad que establece entre ambas idolatrías, Eguiara avanza, de acuerdo con las conclusiones de Sigüenza y Góngora, "al que nunca puede mencionarse sin elogio", "ilustre como pocos", y la opinión de otros autores, y propone que "los mexicanos traen su origen de los egipcios y recibieron de éstos no sólo la sangre, sino lo demás; y usaron, a manera de letras, de caracteres jeroglíficos". Pero en ocasiones va más allá: Así, por ejemplo, cuando se refiere al arte pictórico de los indios -pintura, escritura, redacción de anales y otros documentos-, no duda en afirmar:

Una circunstancia que acrecentaba el mérito de estos libros mexicanos, era el haber perpetuado, mediante representaciones figuradas, la

cronología y exacta sucesión de los siglos de su historia, en lo cual superaron si duda a los más sabios de los egipcios (Pról. III).

Igualmente, al hablar acerca de la segunda clase de sabiduría de los egipcios concluye: "Ninguna razón hay para considerar a los mexicanos como menos versados que los egipcios en su segunda clase de sabiduría más abstrusa" (Pról. VII).

No es la de Eguiara una defensa desapasionada; y esto es precisamente lo que aquí más me interesa. Por lo contrario, su intención es abiertamente polémica: "aniquilar, detener, aplastar y convertir en aire y humo la calumnia levantada a nuestra nación por el deán alicantino" (Pról. II). Unos cuantos párrafos bastarán para poner a la vista la imagen perfecta de la civilización indígena que Eguiara quiere ofrecer. Después de hablar de los colegios y otros centros de enseñanza que tenían los antiguos mexicanos, apoyado en el testimonio de algunos ilustres sabios europeos, como Justo Lipsio, Juan Enrique Alsted, Gerardo Mercator y Juan Eusebio Nieremberg, añade:

Por Torquemada y Vetancourt sabemos asimismo que, además de las escuelas existentes en la capital del imperio, florecieron entre otras las de Texcoco, sobre todo reinando Nezahualcoyotl, que reconocía la autoridad del emperador mexicano. Era tanta la sabiduría de dicho monarca, que por obra suya se formó una a manera de Academia, y bajo la presidencia de su hijo Xochiquetzolzin, un grupo de poetas y músicos, que entre los texcocanos son muy numerosos, así como de astrólogos, historiadores y cultivadores de otras artes, para que confiriendo entre sí y discutiendo sus problemas, salieran cada día más prácticos y sabios... Otro rey igualmente insigne entre los texcocanos... fue Nezahualpilli, que consagró sus actividades al estudio de los astros, y fue tan apasionado en la astronomía, que así que tenía noticia de la existencia, en cualquier parte de su reino, de alguna persona dotada de conocimientos en dicha ciencia, lo llamaba a su corte para conferir con ella y observar en su compañía durante la noche el cielo y las estrellas, a cuyo fin había hecho construir una adecuada galería encima de las azoteas de su palacio, que Torquemada alcanzó a ver con sus propios ojos (Pról. V).

Y, cuando se refiere a la afición de los antiguos mexicanos por la poesía y la oratoria, después de describir los cantos épicos en que conservaban los hechos pasados y que transmitían a los niños para que los aprendieran, señala otras formas de literatura que cultivaban:

Componían, además, otras clases de poemas, destinados a celebrar las costumbres y preclaras acciones de sus héroes, y muy a propósito para las festividades, juegos, danzas y otros entretenimientos semejantes, que necesitan del ritmo y del metro para su ejecución.

Ponían idéntico cuidado en las galas del decir, que sus maestros les hacían familiares mediante continuas prácticas y ejercicios. Valíanse de los preceptos de la retórica para suministrar a los futuros oradores los poderosos recursos de la elocuencia, favorecida por su idioma abundante y elegantísimo. Prueba de esto son los cuidados discursos que hoy leemos en las historias mexicanas debidas a la pluma de los españoles. Ya el padre Acosta se cuidó de advertir, en el lugar que luego citaremos, que tales discursos fueron fruto de los propios indios que los pronunciaron, y no invenciones de los cronistas (Pról. VI).

Finalmente, al tratar de las leyes y la organización política que tuvieron nuestros indígenas, exclama:

¿Qué otra cosa, como no sea cultura e inteligencia, revelan las leyes que para el buen orden de la república fueron promulgadas por los emperadores de los mexicanos, con consejo de personas sabias y experimentadas? Tan conformes a la razón encontramos las concernientes al gobierno político y doméstico, que, de haber ido unidas a las normas de la verdadera religión, nada hubiera faltado para la consecución de una duradera y completa felicidad de imperio tan extenso (Pról. VI).

No es posible pedir mayor claridad en las afirmaciones ni más firme definición acerca de conceptos y actitudes que sólo el pensamiento ilustrado, las revoluciones de las últimas décadas del siglo XVIII, los complejos fenómenos de las reformas borbónicas, la ocupación de España por Napoleón y finalmente la guerra de independencia de las colonias españolas de América, verán desarrollarse y afirmarse.

Julián Gutiérrez Dávila, Lorenzo Boturini, José Antonio de Villerías y Roelas

Entre los preliminares de las *Selectae Dissertationes Mexicanae* de Juan José de Eguiara y Eguren,⁷ se encuentra una amplia *Approbatio*, rendida por Julián Gutiérrez Dávila, presbítero del Oratorio de San Felipe Neri, cronista, poeta latino y castellano, orador, filósofo y teólogo de renombre. En medio de los juicios laudatorios que hace del autor y su obra, toma pie en una de sus aseveraciones para referirse a los juicios de Martí.

Y aquí, dice, ofrecida la oportunidad, séame lícito apartarme un poco de mi meta, y traer ante vosotros las cosas que don Manuel Martí, deán de la iglesia de Alicante, escribió a cierto jovencito que pensaba trasladarse a este nuestro orbe americano, para apartarlo de su propósito.⁸

A continuación cita uno de los párrafos más hirientes de la famosa carta, y afirma que, aunque el autor ya haya muerto, sus cartas viven, y no se debe acreditarlas con el silencio; y añade sin tardanza: *ad rem igitur*. Y empieza a rebatir al deán, de la mano de Cicerón, con la discusión de las relaciones que se dan entre la naturaleza de un lugar y la índole de sus habitantes, tópico manejado constantemente ya desde el siglo XVI. Canta las excelencias de la naturaleza mexicana, y se pregunta:

Lugar de tan fecunda naturaleza, tierra de tal manera fértil..., que casi toca con el dedo el placidísimo cielo, ¿por quién, de mente sana, será juzgada soledad únicamente de letras? ¿Ningún ingenio florecerá aquí?

Pero, añade, vengamos a las cuestiones que plantea Martí:

⁷ *Selectae Dissertationes Mexicanae ad Scholasticam spectantes Theologiam tribus tomis distinctae...Tomus primus... Auctore D. D. Josepho de Eguiara et Eguren...Mexici: Typis Viduae D. Josephi Bernardi de Hogal. Anno Domini MDCCXLVI.*

⁸ Cito y comento de acuerdo con el trabajo siguiente de Olga Valdés García mencionado en la nota 5.

¿Qué habría sucedido si el joven corresponsal hubiera desatendido su consejo? Llegado a México, habría podido acercarse a innumerables maestros, con cuyas enseñanzas se habría podido formar sólidamente en la pureza y propiedad de la lengua latina, en la filosofía y la teología, en uno y otro derechos, en la Sagrada Escritura, en la elocuencia.

Y añade aquí una observación, que tiene cierto sabor despectivo, en la cual alude a las aficiones arqueológicas de Martí:

Omito muchas otras cosas en cuyo aprendizaje habría trabajado más útilmente que en descifrar inscripcioncillas de los antiguos (*in veterum inscriptiunculis extricandis*)...Paso por alto también a algunos que florecieron entre nosotros, eruditos en la lengua griega, y aun en la hebrea y la caldea; pero concedo que ese joven estudiante muy poco podría instruirse con nosotros en la lengua griega, cuyo estudio, no sin razón, encarece tanto Martí...Sin embargo, *quisque in suo pulvere currit* (cada quien corre en su propio polvo). Innumerables son en nuestra América los idiomas de los indios, muchos de los cuales apenas pueden expresarse en caracteres -y tanto más laboriosos cuanto más bárbaros-; y nuestros ingenios, para instrucción de los indios, los vuelven casi naturales a ellos. ¡He aquí a cuántos maestros y para cuántas cosas podría haber acudido!

Gutiérrez Dávila reconoce la importancia del estudio de las lenguas clásicas -él mismo es latinista consumado-; el griego y el latín son las lenguas de la cultura; y son también las lenguas de las antigüedades europeas. Pero América tiene sus propias antigüedades y, además, sus necesidades específicas. Si, por una parte, es necesario que los americanos se apliquen al estudio y cultivo de las lenguas clásicas, por otra, es para ellos un deber irrenunciable conocer y cultivar las innumerables lenguas indígenas, para la instrucción y administración religiosa de los indios y para la investigación de sus propias antigüedades.

El autor no podía abundar, dentro de los límites de un dictamen, en otras implicaciones del estudio de las lenguas indígenas ni en otros aspectos de su significación.

De las lenguas americanas, muchas se reconocían como bárbaras y rudimentarias; unas cuantas, como ricas y armoniosas; y el náhuatl, hablado en el centro de México, como lengua de cultura.

Existe una tradición de juicios laudatorios sobre algunas de estas lenguas, que se repite en cronistas y viajeros. La lengua náhuatl se califica siempre de riquísima y elegantísima; y con frecuencia se la compara hiperbólicamente con la griega. Lorenzo Boturini, a quien con toda razón puede considerarse mexicano por opción y devoción, habla de ella en el "Prologus Galeatus" de su *Margarita Mexicana, id est, Apparitiones Virginis Guadalupensis*,⁹ en los términos siguientes:

De todas las lenguas del Nuevo Mundo reconocemos como reina a la tolteca, es decir, la náhuatl, que malamente ahora se llama mexicana... Vence fácilmente a cualesquiera otras por el esplendor y la elegancia que se le ha conferido; además, por la propiedad de los términos, la majestad de las frases, metáforas y alegorías, puede competir con las más cultivadas...¹⁰

Y añade a continuación:

Así pues, si los poetas nacen, ¿quién negará que nuestros indígenas, provistos de un idioma tan elocuente, de ningún modo habrían podido llegar a las fuentes cristalinas de la poesía, cuando a ellas eran invitados halagadoramente por la elegancia de su propia lengua; y cuando nuestros rétores eran llevados por una tan gran inclinación a la prosodia, que celebraban los orígenes de los antiguos, las hazañas de los hombres ilustres, las guerras y las paces, e igualmente los sucesos faustos e infaustos en cantos melífluos, ya en los palacios de los reyes y príncipes, ya en las residencias de los nobles, con acompañamiento de instrumentos músicos, el tlapahuehuatl y el teponaxtle?¹¹

⁹ Laurentii Botturini de Benaducis, Sacri Romani Imperii Equitis, Domini de Turre et Hono... *Margarita Mexicana, id est, Apparitiones Virginis Guadalupensis*... Biblioteca Nacional de México, Fondo Reservado, Ms. 1724: *Papeles curiosos de Historia de Indias*, recogidos por don Mariano Fernández de Echeverría y Veitia, caballero del Orden de Santiago.

¹⁰ Laurentii Botturini, *Margarita Mexicana*. Introducción, traducción y notas de Roberto Heredia Correa (trabajo en proceso).

¹¹ *Idem*.

Boturini unía a una sólida formación en las lenguas clásicas el dominio de algunos idiomas modernos y, sin duda, un buen conocimiento del náhuatl. Su apreciación coincide con la de Eguiara, su amigo, y otros autores contemporáneos.

Sobre otras lenguas menos frecuentadas vale la pena conocer también alguna opinión. En los años sesenta del siglo XVIII el capuchino español fray Francisco de Ajofrín hizo un viaje por gran parte de la Nueva España como limosnero de la Congregación de Propaganda Fide. Dejó escrito un diario en que anotó cuidadosamente cuanto consideró digno de nota y recuerdo, acompañándolo de innumerables dibujos.¹² Apunta en algún momento de su viaje por Michoacán:

Los indios de esta provincia, unos son otomíes, otros chichimecas; pero la mayor parte son tarascos. El idioma otomí y el chichimeco son muy bárbaros, ásperos y tan cerrados, que apenas se pronuncian con la boca, hablando lo más con las fauces y narices; al contrario, el idioma tarasco es muy señor, elegante, grave y majestuoso, por lo que tiene el segundo lugar después del mejicano.

Y más adelante añade con ingenua frescura:

Pero antes de apartarme de Yuririapúndaro, quiero notar lo pomposo de la lengua tarasca por los nombres de los pueblos de la provincia de Michoacán. Ya quedan escritos algunos como Tiripetío, Acámbaro, Eménguar; hay otros del mismo calibre, como Tiríndaro, Ziritzícuar, Purenchécuaro, Tarímbaro, Parangaricútiro, Chucándiro, Erongarícuar, Puruándiro, Panindícuar, pueblos todos cercanos a Valladolid y dignos de notarse en el noble alfabeto altisonante.

Además de anotar impresiones personales, es innegable que Ajofrín recoge opiniones de las muchas gentes con quienes trató, clérigos, frailes, autoridades civiles y eclesiásticas, hacendados y pueblo llano, como queda atestiguado a lo largo de sus apuntes.

¹² Ajofrín, fray Francisco de, *Diario que hizo a la América en el siglo XVIII el P...*, México, Instituto Cultural Hispano-Mexicano, 1964, 2 Vols.

De esta suerte, las lenguas indígenas no son ya sólo el instrumento que ha permitido la incorporación de los naturales de América al cristianismo, sino que además se reconocen como un medio de comunicación vivo y válido, un producto cultural de valores universales, que requiere y amerita estudio, y una vía para introducirse en la cultura y la historia de la patria.

Paralelas al interés de las lenguas se manifiestan la preocupación por el estudio del pasado de los pueblos indígenas y la inquietud por la comprensión del presente novohispano.

El culto de la Virgen de Guadalupe había ido creciendo, con la fama de sus milagros, durante la segunda mitad del siglo XVI y primeras décadas del XVII. En 1622 el arzobispo Juan de la Serna le había consagrado un nuevo templo en el Tepeyac. En 1629, en situación desesperada, su imagen había sido llevada en solemnísimas procesión y en medio de las aguas, desde su santuario del Tepeyac a México, y había aliviado a la ciudad de una terrible inundación.

En 1648 el bachiller criollo Miguel Sánchez, predicador y teólogo famoso, publicó la primera historia de las apariciones de la Virgen: *Imagen de la Virgen María Madre de Dios de Guadalupe, milagrosamente aparecida en la ciudad de México. Celebrada en su historia, con la profecía del capítulo doze del Apocalipsis*.¹³ En su libro el historiador criollo identificaba a la mujer de la Apocalipsis de San Juan con la Virgen del Tepeyac, convirtiendo, por medio de una exégesis audaz, ese libro del Nuevo Testamento en una "profecía mexicana". Ahondando en su interpretación, llegaba a conclusiones sorprendentes, que fincan vínculos de la Virgen de Guadalupe con México y los mexicanos, que van más allá del fenómeno religioso. "La conquista de esta tierra", dice, "era porque en ella había de aparecer María Virgen en su santa imagen de Guadalupe". "Apareciéndose María en México, entre las flores, es señalarla por su tierra, no sólo como posesión, sino como su patria..., con licencia para que los ciudadanos de México puedan entender, publicar, inferir, alegar, pretender íntima y singular

¹³ México, en la imprenta de la viuda de Bernado Calderón.

hermandad de parentesco con María”, porque ella es “originaria de este país y la primera mujer criolla”.

Historiadores, exégetas, predicadores y poetas avanzarán en estas interpretaciones y prolongarán sus alcances.

En agosto de 1728 moría en México José Antonio de Villerías y Roelas a la edad de 33 años. Desde muy joven había adquirido celebridad como hombre de estudio, letras y leyes. Pasó su breve vida siempre entregado a los libros con incansable aplicación y siempre enfermizo por estudio tan excesivo. Compuso en latín y en castellano varias obras de carácter literario, filológico, histórico y misceláneo; y es hasta ahora el único autor novohispano del que se hayan encontrado composiciones originales en griego. Pocas de sus obras fueron impresas; la mayor parte de ellas quedó recogida en tres tomos escritos, al parecer, de su propia mano, que se conservan en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional. Entre éstas destaca un gran poema latino -cuatro partes o libros; más de 1700 hexámetros- en honor de la Virgen de Guadalupe, que fue editado y traducido sólo hasta muy recientemente.¹⁴

El poema se intitula simplemente *Guadalupe*; está dividido en cuatro libros. El último es de tamaño bastante menor que el de los tres primeros, y termina de manera abrupta. Puede ser que la obra esté incompleta, o que no haya sido trasladada en su totalidad, o que el manuscrito haya perdido algunas hojas. El problema no ha sido estudiado.

El libro primero, después de la canónica invocación a la musa, y también al Dios cristiano, inicia la acción con la conquista de México por los españoles: Carlos V, dominador del orbe, busca nuevos campos para sus conquistas. América está más allá del océano; es tierra rica, feraz y hermosa; pero reinan sobre ella las fuerzas crueles del mal. Su conquista se justifica por la extensión de la fe cristiana. Se hace el

¹⁴ Osorio Romero, Ignacio, *El sueño criollo. José Antonio de Villerías y Roelas (1695-1728)*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1991, 414 pp., (Bibliotheca Humanistica Mexicana, 7). La primera parte del libro trata ampliamente de la vida y la obra de Villerías. El texto del poema, con su traducción ocupa las págs. 258-375.

elogio de Cortés y sus capitanes. Se exalta el denuedo de los indígenas.

Consumada la conquista, se inicia la evangelización. Plutón, señor del Averno, ve amenazado su reino; va en busca de la diosa Tonantzin, su hija y madre de los hombres; y ambos se proponen reunir y sublevar a todos los pueblos americanos. Entre tanto, en el cielo, sus felices habitantes contemplan el triste destino de los hombres del Nuevo Mundo. En medio de los magnos dioses “fulge y domina la que es madre, hija y esposa del Júpiter uno y trino”. Se compadece de los indios, sumidos en abominables ritos, y decide tomarlos bajo su protección. Se dirige a su Hijo, y le pide que, en pago de los cuidados que le prodigó durante su infancia, y en cumplimiento de antiguas promesas, le conceda estas nuevas tierras. Su Hijo, Dios, “con el ceño con que suele los sinos cambiar o afirmar”, accede a sus deseos.

María inicia su empresa. Elige a Juan Diego como instrumento. El poeta hace el elogio de este indio, y lo eleva por sus virtudes y destino sobre Cortés, Carlos V y el mismo romano pontífice. Narra la primera aparición de la Virgen a Juan Diego, y la encomienda que ella le hace para que gestione ante el obispo de México la construcción de un templo en el Tepeyac.

Pero Plutón y Tonantzin, aterrados por la amenaza que se cierne sobre su poder, tratan de infundir desconfianza en el obispo. Éste, cauteloso, difiere el asunto y manda al indio que regrese después. Al atardecer, de regreso a su casa, Juan Diego relata a la Virgen su fracaso. María le pide que vuelva el día siguiente.

Se inicia el libro segundo. Es de noche. Plutón y Tonantzin acuden a la morada del viejo Atlante -quien, desterrado de Tartesos por su padre Océano, reside y vaticina en la laguna de México-, en busca de consejo para derrotar a María. Éste los desengaña de sus esfuerzos, y les predice los nuevos tiempos del reinado de la Virgen. Los introduce en su gruta, donde les muestra el pasado y el futuro del pueblo mexicano; su historia aparece desarrollada como en un inmenso fresco sobre las rocas de la gruta: su salida de las regiones de Quivira; su larga peregrinación; la llegada al valle de Anáhuac y a su laguna; el encuentro de las señales auguradas: el águila devorando a una serpiente sobre un nopal en medio de la laguna; la fundación de la

ciudad y su penosa defensa; la sucesión de los reyes aztecas; las hazañas y virtudes de cada uno de ellos, desde “el fiero Acamapichtli” hasta Moctezuma primero, quien “debela con hierro a los pueblos y con el derecho los frena”, y Moctezuma segundo, quien “modera las domadas riendas de toda la tierra”; las riquezas, felicidad y muerte lastimosa de éste. Plutón y Tonantzin apartan, consternados, los ojos y lamentan su ruina. Atlante los conmina a que afronten su destino y reconozcan los poderes de la diosa vencedora. Les habla de los bienes que traerá el imperio de la Virgen, y de su protección contra las inundaciones y la pestilencia (cocolixtle).

Tonantzin desdeña los decretos divinos y se decide a sucumbir en el combate. Pide a Atlante que le muestre lo que sucede en ese mismo momento. Aparece el palacio del obispo. Juan Diego reitera su embajada. El obispo, vacilante, le pide una señal que garantice la veracidad de su embajada, y ordena a sus criados que sigan al indio cuando salga.

Plutón y Tonantzin salen de la gruta de Atlante y vagan indecisos de las medidas que deben tomar. Juan Diego entre tanto se ha esfumado a la vista de sus espías. Éstos lo buscan afanosos, y se encuentran con los dioses infernales, quienes han tomado la figura de indios caminantes; les informan que Juan Diego es un hechicero bien conocido en toda la región. Los criados regresan a informar al obispo.

Entre tanto Juan Diego se entrevista con la Virgen por tercera vez, y le comunica la petición del obispo. María promete darle la señal solicitada, y lo cita para el día siguiente. Termina el libro segundo.

Plutón y Tonantzin, en un esfuerzo desesperado por detener la acción de la Virgen, acuden a Cocolixtle, divinidad pestífera. Como ésta no puede contra Juan Diego, protegido como está el indio por los poderes divinos, se ensaña contra Juan Bernardino, su tío. Por atender piadosamente a éste, Juan Diego desatiende la cita concertada con la Virgen. En busca de un sacerdote, va a México por camino diverso, para evitar el encuentro con la Señora. Ésta se enternece con la ingenua astucia del indio, y le sale al paso. Escucha sus razones; lo consuela con la noticia de que su tío ha sanado milagrosamente; y le manda

que suba al monte y recoja las flores que ha de llevar como señal al obispo.

El libro cuarto se inicia con el último intento de Plutón y Tonantzin por detener a Juan Diego: aconsejan a los criados del obispo que le arrebatan lo que lleva. El indio defiende su carga. Cuando los criados intentan tocar las flores, éstas quedan como estampadas en su ayate. Admirados, introducen a Juan Diego ante el obispo. Cuando éste extiende su ayate para ofrecerle la señal pedida, caen las flores y queda estampada la Virgen en la prenda. Cae de rodillas el obispo; Juan Diego, atónito, reconoce en la pintura a la Señora con quien se ha entrevistado. Plutón y Tonantzin huyen a sus escondrijos. El obispo toma el ayate y lo coloca en su capilla. La ciudad entera corre a admirar y venerar a la imagen. El poema termina con una extensa y amorosa descripción de la Virgen pintada en el ayate de Juan Diego.

El poema de Villerías contiene los elementos fundamentales del relato y la interpretación tradicionales del milagro guadalupano, tales como se habían ido formando y elaborando a lo largo del siglo XVII. Pero contiene un elemento apenas tocado en relatos o poemas anteriores¹⁵: recupera e incorpora en un largo pasaje de más de 120 hexámetros un resumen de la historia del pueblo azteca. No se trata simplemente de la referencia a un gran imperio de muchos pueblos sumidos en la idolatría y sus nefandos ritos sanguinarios; es la historia de un pueblo que tras penosas peregrinaciones y esfuerzos heroicos llegó a asentarse en el valle de Anáhuac, y bajo el mando de caudillos sabios y valerosos estableció un gran imperio. Este pueblo superó en magnificencia y riquezas a la Europa antigua. No hay medida en la hipóbole. Dice del templo mayor de México, cuando rememora el reinado de Ahuizotl:

Ahí está aquel templo fabricado con sus riquezas,
cual ni Egipto construyó ni produjo la Grecia
mendaz, ni Ammón poseyó en las comarcas de Libia.

¹⁵ Cfr. Osorio Romero, Ignacio, *Op. Cit.*, pp. 207-210.

Y, cuando se refiere a Moctezuma segundo, escribe:

Nadie a él en riquezas, ni el ávido Creso
o el insano Midas, ni -la que alguna vez alzó el orbe-
superó la gloria opulenta del magno Alejandro.

¿Cuál pudo ser el propósito de este rescate de la historia antigua de México y de su inclusión en el poema?

La Virgen María se apiadó de estas tierras y estos pueblos, y decidió tomarlos bajo su protección y establecer en ellos su casa y su reinado. En principio los afectos de la Virgen se dirigen hacia los naturales; y los naturales son los indios. Pero los criollos, cuyo número va en constante aumento, son también naturales de esta tierra y se acogen con todo derecho a este amparo maternal, porque, como ellos, la Virgen de Guadalupe nació en México, es “originaria de este país y primera mujer criolla”. Se someten, pues, gozosos, al reinado de María, que les augura un futuro glorioso. Así, indios y criollos se hermanan bajo un mismo manto y se someten a un mismo cetro.

Enfrentado por larga pugna con el peninsular, el criollo asumía sus diferencias y deslindaba sus intereses. La verdadera conquista e incorporación de América a la cristiandad era obra del poder divino y de la intervención directa y manifiesta de María. La conquista militar sólo había sido un instrumento, que, por lo demás, había estado a punto de fracasar. Ya el jesuita criollo Francisco de Florencia había explicado en su historia que habría sido humanamente imposible que un grupo reducido de españoles venciera a tan gran número de indígenas. Si al final Cortés y su hueste resultaron vencedores, fue gracias a la intervención personal de la Virgen en su futura advocación de Guadalupe.

El criollo, pues, logra por la vía, digamos teológica, dar una interpretación de la conquista, que le permite convertir este fundamental suceso en un elemento más de diferenciación frente al peninsular. Por medio de la Virgen de Guadalupe los criollos se hermanaban con indígenas y mestizos, se dotaban de un pasado,

entendían su presente y se aseguraban un destino de pueblo elegido.¹⁶

La interpretación de la cultura mexicana, laboriosamente fundada y razonada por Eguilar, no es sólo el resultado de su labor erudita, sino la manifestación de un sentimiento y una convicción que flotaba en los ambientes cultos de los grupos criollos. Algunas décadas antes el sabio y erudito don Carlos de Sigüenza y Góngora, estudioso de las antiguas culturas indígenas y autor de un poema guadalupano, había expresado con meridiana claridad esta actitud en algo que se antoja un verdadero manifiesto. Con gesto significativo -"el amor que se le debe a la patria"-, mostró al virrey Conde de Paredes, en el arco erigido para festejar su entrada en la capital, un *Teatro de virtudes políticas que constituyen a un príncipe, advertidos en los monarcas antiguos del mexicano imperio...*¹⁷ "Consideren lo suyo los que se empeñan en considerar lo ajeno", reza el epígrafe; y en la dedicatoria confiesa el autor al virrey: "Ni pudo México, menos que valiéndose de sus reyes y emperadores, celebrar condignamente la gloria a que su felicidad se sublima...". Personificó, pues, la prudencia, la piedad, la fortaleza, la clemencia y demás virtudes que se exigen de un príncipe, no en los héroes mitológicos o históricos de Grecia y Roma, como era el uso, sino en las figuras de los soberanos mexicas. Itzcóhuatl y Moctezuma Ilhuicamina no desmerecían ante Alejandro y Julio César; y la sabiduría de los antiguos mexicanos podía instruir tanto como la de romanos y griegos.

Recibido 13/IX/2001

Aceptado 14/V/2002



¹⁶ Osorio discute ampliamente este punto en *Ibid*, pp. 210 y ss.

¹⁷ México, viuda de Bernardo Calderón, 1680.